

«Un duelo de labores y esperanzas. El magisterio vivo de Antonio Machado»

Carlos Gil Andrés, profesor de Historia en el IES Cosme García, Logroño (La Rioja).
Colliure, 22 de febrero de 2026

Es un gran honor estar hoy aquí. Un honor de verdad. Gastamos las palabras importantes de tanto usarlas. Deberíamos reservarlas para ocasiones especiales. Hoy, sin duda, es una de ellas. Siento la emoción íntima de este día y de este lugar. Y también la responsabilidad del historiador y del profesor. Tengo media hora por delante para justificar la invitación de la Fundación Antonio Machado de Colliure. La verdad es que, si hago caso al tema que me han sugerido, me sobra mucho tiempo. El tema propuesto es «la relación entre Machado y los jóvenes». La respuesta honesta cabe en una palabra: «ninguna». Ya está. Podría terminar aquí la conferencia. Pero tengo que intentarlo. Vamos allá.

Creo que estoy aquí como recompensa por un fracaso personal. En los últimos cursos he intentado organizar un viaje de estudios que siguiera la huella de Machado por algunas ciudades (Soria, Segovia, Barcelona) y terminara aquí, en el cementerio de Colliure. Un viaje de estudios de verdad, con un cuaderno de notas en la mano y un libro de poemas debajo del brazo. Pero no he conseguido completar un autobús. Mis alumnos quieren venir a la orilla del Mediterráneo, sí, pero a la playa de Salou. Reservan su dinero para otra aventura, la de Port Aventura. ¡Qué le vamos a hacer!

Este curso he hecho un ejercicio con mis alumnos de 4º de Educación Secundaria Obligatoria y de 1º de Bachillerato. Quería conocer de primera mano qué les dice Machado a jóvenes de quince y dieciséis años. Les he propuesto un comentario de texto de un poema que escribió en 1914, «España en paz», sobre la 1ª Guerra Mundial. Que hablen del contexto histórico, los símbolos y las imágenes de la guerra, de su posible lectura actual. Que me cuenten lo que saben del poeta, pero sin mirar en ningún sitio. Y también por qué les gusta o les disgusta la poesía. Sus respuestas son, más o menos, las que esperaba: «Me suena de haber oído su nombre». «Sabía que era un poeta que escribía poesía». «Sé que fue un poeta fundamental y muy importante pero no sé nada de su vida ni de su obra». «Fue un poeta que pasó su vida en Soria». «Solo sabía que tiene un poema que dice caminante no hay camino se hace camino al andar». «Sé quién es porque lo estudiamos el año pasado, pero la verdad es que no me acuerdo nada de ese hombre». «Es un autor que habla mucho de España y del paso del tiempo». Y, claro, el paso del tiempo no es una de las preocupaciones vitales de la juventud. «Se canta lo que se pierde», dijo el poeta. Y los jóvenes tienen el mundo por delante, no por detrás. «En el futuro lo comprenderé más», me dijo un chico, como para consolarme.

¿Dónde está el problema? ¿En Machado o en la juventud? Desde luego, el problema no es el bueno de don Antonio. ¿Acaso los jóvenes de hoy recitan de memoria a los poetas románticos, se emocionan con Lorca o Alberti o siguen en sus redes a los poetas contemporáneos? Ojalá, pero no es así. La opinión de mis alumnos sobre la poesía en general tampoco me ha sorprendido: «Para engancharme prefiero un lenguaje sencillo que entienda». «Solo tengo un libro de poesía, de Gloria Fuertes». «No me gusta porque ponen

muchas metáforas y no se entiende lo que quieren decir». «No soy un gran fan de la poesía». No soy un gran fan, les traduzco, significa no me gusta nada. Cero.

El problema, entonces, ¿será la juventud de hoy en día? Escuchamos decir que los jóvenes no leen, que son inconscientes, inmaduros e irreflexivos, que no van a las librerías ni a los actos culturales, que no les interesa la historia, ni la memoria del pasado, ni mucho menos aún un poeta de hace cien años. Pero yo me pregunto. ¿Los viejos tiempos fueron realmente mejores? Me cuesta creerlo. Se nos olvida que cuando Machado publicó *Soledades* o *Campos de Castilla* la mitad de los españoles no sabían leer ni escribir. ¿Acaso la juventud soriana de entonces era más culta? ¿Había más nivel en Baeza? «No hay un solo periódico local, ni una biblioteca, ni una librería, ni aun siquiera un puesto de periódicos», se quejaba el poeta. El propio Machado tampoco fue un ejemplo cuando era joven. Él mismo confesaba haber tenido una «vida desordenada». Los teatros, los cafés, París... No consiguió el título de bachillerato hasta los 24 años. Ingresó como alumno libre en la Universidad en 1900 y no obtuvo su título en Filosofía y Letras hasta 1918. ¡Se licenció con 43 años! Eso por no hablar de su conocido «torpe aliño indumentario», que es una manera muy suave de calificar el abandono de su imagen y cuidado personal. O de su vejez prematura. Cuando hacía el doctorado se definió a sí mismo como «un viejo y desmemoriado estudiantón». En 1930, cuando apenas tenía 55 años, menos de los que tengo yo ahora, confesaba que la vida le pesaba mucho y que sufría ya achaques propios de la vejez. A veces me acuerdo de eso que decía, que 60 años eran muchos años para un español. Ahora que me acerco a esa edad no me hace mucha gracia, la verdad. En fin, que no es fácil que la imagen del poeta resulte atractiva a los jóvenes de hoy.

Si ellos no van a ir al encuentro con Machado, ¿qué podemos hacer entonces? Pues llevárselo nosotros, ponérselo cerca. Enseñárselo. Soy profesor, este es mi trabajo. Uno de mis alumnos, en el ejercicio comentado, dice que su caso es diferente, que conoce bien a Machado «por mi maestra en el colegio, que le gustaba mucho y siempre nos insistió mucho». Esa maestra no se quedó con la lectura de los versos de un manual escolar. Esa maestra insistió. Lo hizo por el arte, por la literatura, seguro. Pero quiero pensar que lo hizo también por los valores de la obra y la figura del poeta. Le dedicó tiempo, le dio espacio, pensó que era su labor. «Hacedme un duelo de labores y esperanzas» decía Machado en el poema dedicado a Giner de los Ríos. Entre los comentarios de mis alumnos alienta también la esperanza. Algunos han relacionado la crítica antibelicista del poeta en 1914 con la denuncia de las guerras actuales. Uno de ellos escribe: «Los libros te dan las fechas y los nombres, pero Machado te dice lo que sentía la gente: el miedo, el frío y el asco por la violencia». El miedo, el frío, el asco. Aquí los versos de Machado han saltado por encima de su tiempo para llegar hasta nosotros. Lo dice otro alumno cuando confiesa que le gusta la poesía, pero solo «cuando es fácil de entender y transmite un mensaje actual». Lo subraya una alumna muy viva en una frase mucho más corta: «Hay poemas que tienen mensajes que sirven en la vida».

Sin querer, estos alumnos están explicando qué significa ser un clásico. Ser actual, servir para la vida. Me gusta la definición de George Steiner: un clásico es un texto que no solo leemos, sino que nos lee a nosotros, nos interroga cada vez que lo visitamos, nos desafía, nos obliga a intentarlo de nuevo, a dar vueltas alrededor y hacia adentro, a ahondarnos. Lo trivial, lo efímero, se comprende de una vez por todas. Pero en un clásico cada repetición es como un primer regreso a casa. Elena Medel utiliza la misma imagen: «Un poema de Machado es una casa. En sus poemas abres la puerta —no los cierra con

llave—, tomas asiento, te preparas para que ocurra algo». Y ocurre: «Monotonía / de lluvia tras los cristales». Y ocurre: «¿No ves, Leonor, los álamos del río / con sus ramajes yertos?». Y ocurre: «¿Eres la sed o el agua en mi camino?».

Voy a poner un poco de orden. Yo no soy profesor de literatura. Soy historiador. Para mí hay dos Machados que tengo que enseñar en clase. Uno, el Machado vivo, el de España. La persona. Lo que hizo en vida, lo que escribió, lo que pensaba, lo que soñaba, lo que sufrió. El testigo de una época. Dos, el Machado muerto, el de Colliure, el personaje. Lo que hemos hecho nosotros con él, lo que representa, lo que nos dice más allá de su tiempo.

Durante muchos, como historiador, me interesó sobre todo el primer Machado. Su obra es un documento histórico excepcional. Entre las primeras colaboraciones que publica en la prensa y las últimas notas encontradas aquí, en sus bolsillos, hay cuarenta años de una historia de España apasionante, convulsa, conflictiva, esperanzada y trágica. La crisis de 1898, la pérdida de las colonias, el lamento de una España que bostezaba de hambre y de hastío y también el vértigo de la modernidad, un mundo nuevo, transformado por profundos cambios económicos, sociales y culturales, veinte años de guerra en Marruecos, una dictadura militar, la ilusión democrática de la Segunda República y la desgarradura final de la Guerra Civil, la resaca de una violencia extrema que lo trajo hasta esta playa como un despojo de la barbarie.

Pocos como él vivieron ese período con tanto amor a España y con tanto dolor por España. «Todo lo español me encanta y me indigna al mismo tiempo», repetía. Machado descubrió el país en el que había nacido en las aulas infantiles de la Institución Libre de Enseñanza, soñando que una nueva educación barrería la frontera de los Pirineos y llevaría a España al encuentro con la Europa más civilizada. Y terminó su vida de la manera más penosa, cruzando a pie esa barrera de los Pirineos, enfermo, desvalido, sin equipaje, buscando amparo en este país vecino sin saber, ni él ni los franceses que le acogieron, que antes de acabar ese año esa Europa anhelada iba a volar por los aires dejando un continente en ruinas y sesenta millones de muertos.

De aquellas ruinas, de aquella ceniza y de aquella sangre, nació la Europa común sin fronteras y barreras que, en los últimos años, vemos en peligro. Machado es uno de los muertos de ese suelo común que pisamos. Está en los cimientos de esta casa, amenazada desde fuera y desde dentro. No se me ocurre un tema más importante para una clase de historia.

Por eso, en los últimos años, como profesor y como educador, me interesa mucho más el segundo Machado, el de aquí, el francés. En realidad, si lo miramos bien, el poeta es mucho más de aquí que de allí. En España nunca tuvo una casa propia. Vivió siempre en pensiones, en pisos de alquiler, en residencias familiares. Nunca eligió su destino. Eso lo sabe bien un profesor de instituto como yo, que he tenido siete destinos. La única tierra de Machado, suya de verdad, es esta. Sevilla solo fue un sueño infantil; Madrid fueron los cafés y los teatros; París, un viaje de estudios; Soria, una ilusión de apenas cinco años (solo regresó después una vez, para un homenaje de un día), Baeza, un claustro cerrado y un mirador para suspirar; Segovia, una estación de tren en dirección a Madrid; Valencia y Barcelona, estaciones de paso en la huida de la guerra, en el camino del destierro. ¿Qué es desterrar? Expulsar a alguien de su territorio, quitarle la tierra. La tierra de verdad de Machado es esta: pasó 63 años en España y lleva 87 años en la paz de Colliure.

He dicho en la paz de Colliure y quizá no sea la expresión más adecuada. Desde el mismo año de su muerte la figura de Machado ha sido utilizada, denostada, rescatada, mitificada y zarandeada por unos y por otros. Para los exiliados españoles Machado era un santo laico, el símbolo de la cultura republicana, de la voluntad de resistencia frente a Franco, de la patria perdida. Machado era el burgués que supo estar al lado del pueblo, el poeta de la gente, el mito de la España peregrina. Los vencedores de la guerra civil también trataron de apropiárselo. En el verano de 1936 los libros de Machado fueron expurgados y quemados, y en la inmediata posguerra la comisión encargada de depurar el sistema educativo lo separó para siempre del servicio sin que importara que ya estuviera muerto. Pero muy pronto, Dionisio Ridruejo, el jefe de propaganda del primer gobierno franquista, quiso reeditar la obra de Machado. Quiso rescatar, para el proyecto falangista de la alta cultura, el amor de Machado a España, a Castilla, al paisaje; rescatar al poeta provinciano, ingenuo, de antiguos y sencillos sentimientos, que había sido engañado y secuestrado por los rojos, por los comunistas. En el prólogo que escribió en 1940 Ridruejo decía que el poeta había muerto solo y abandonado «en aquella Francia a quien Dios perdone, ya que los hombres le han dado su castigo». Era octubre de 1940. Ya se pueden imaginar quiénes eran esos hombres, los nazis que habían invadido Francia.

Pero la guerra se torció para las potencias fascistas. Y Franco, buscando su supervivencia, se alejó de Hitler y de Mussolini, apartó a los falangistas más revolucionarios y retiró el saludo con el brazo en alto como saludo nacional. En 1949, en el décimo aniversario de su muerte, Machado recibió el primer homenaje público en España en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*. Era el Machado soñador e intimista de *Soledades*, el paisajista sentimental de *Campos de Castilla*. Y hasta ahí se podía leer. La única biografía autorizada eludía el período republicano. Había que dejar a un lado «la peripecia de un yo accidental». Dejar a un lado el camino trágico que le había traído hasta Colliure. En 1952 la Real Academia Española creó una comisión para gestionar la repatriación de los restos del poeta. Era «un deber de españoles». Todavía vivía en Chile su hermano José, que se negó en redondo: «No se puede aceptar un traslado mientras exista el régimen actual por el cual tuvo que salir de su patria».

A partir de 1959, veinte años después de su muerte, Machado empezó a convertirse en el poeta de la reconciliación. «¡Hasta tus enemigos / hoy recitan Machado!», escribió entonces Gloria Fuertes. Ese año el Partido Comunista Español organizó aquí, en Colliure, un homenaje sonado, apoyado por artistas e intelectuales franceses, que sirvió como un encuentro entre el exilio y la oposición interior. Fue un claro ejemplo de la política de «reconciliación nacional» aprobada por el PCE, una oportunidad para lanzar una nueva generación de poetas —los llamados «poetas de la resistencia»— que vieron en la figura de Machado un símbolo político, cívico y moral. «Porque en ti», escribía Gil de Biedma, «conocimos nuestra fuerza».

Mientras tanto, en el interior de España, el camino de la recuperación de Machado tenía muchos más obstáculos. Las ediciones de su obra suprimían algunos textos. La censura silenció el homenaje de Segovia de 1959, una reunión semiclandestina, vigilada de cerca por la policía y amenazada por un grupo de falangistas. En 1966, en Baeza, el acto de inauguración de la escultura de Pablo Serrano fue prohibido, hubo cargas policiales, detenciones y multas. Ese mismo año Manuel Fraga, ministro de Información y Turismo, renovó las gestiones para repatriar a Machado. Le habían dado su nombre al Parador Nacional inaugurado en Soria. Había que nacionalizar al poeta, había que despolitizarlo. En

los primeros años setenta, todavía dentro de la dictadura franquista, se multiplicaron las ediciones populares de la obra de Machado, el poeta de reconciliación, el poeta —junto con su hermano Manuel— del mito de las dos Españas. Pero los informes de la censura seguían deteniendo sus publicaciones y hablaban de la «desorientación política» del poeta.

En la Transición Machado se convirtió en el poeta del consenso. Entre 1975, el centenario de su nacimiento, y 1989, el cincuentenario de su muerte, se multiplicaron los actos de homenaje y las ediciones y estudios de su obra. Su nombre y el de Manuel Azaña fueron los más citados en los discursos parlamentarios. Era el símbolo de la «guerra fratricida». Surgió de nuevo la cuestión de la repatriación. A mi juicio ese debate lo zanjó Jorge Semprún, entonces ministro de Cultura, un intelectual tan español como francés que conocía en carne propia el dolor del desarraigo y que luchó por crear una conciencia europea basada en la cultura, la libertad y la solidaridad. Semprún dijo que Machado tenía que permanecer en Colliure por justicia histórica. Lo que le había traído hasta aquí eran las razones de la razón democrática, las mismas que hacen de él un referente universal.

En mi opinión, Semprún dio en la diana. Esa es la enseñanza fundamental que el poeta les puede dar a los jóvenes. Machado es universal por Colliure. He entrado con respeto y memoria consciente en el instituto de Machado en Soria, en su aula de Baeza, en la pensión que lo recuerda en Segovia. Esos lugares se visitan como si fueran museos. Su figura allí es una estatua, una figura literaria de un tiempo y un país. Pero su tierra está aquí. Las estatuas son inertes, la tierra puede ser fértil. Este es el destino del viaje. Vine aquí por primera vez en el año 2011, en unas vacaciones familiares. Mis hijas, muy pequeñas entonces, me miraban con extrañeza frente a la tumba. ¿Por qué está papá así, emocionado, en un lugar desconocido, tan lejos de casa? Ya lo entenderéis, les dije. Y ahora creo que lo entienden. Una lágrima aquí es una semilla.

Aquí está el sentido de todo. La muerte encontró a Machado cuando huía de ella, como el cuento persa del criado del mercader. Y lo hizo en este pueblo tan especial, a pocos metros de esta playa, de este mar. Aquí están, juntos, la tierra áspera y dura de Castilla, los olivares ondulados de Andalucía, las crestas azules de Guadarrama. Pero están también todos los confines y las historias del Mediterráneo. Sobre las fotografías en blanco y negro, las del exilio republicano de 1939, se superponen las imágenes en color de las tiendas de campaña de Gaza, las historias de los inmigrantes que arriesgan sus vidas para cruzar el Mediterráneo. Como decía John Berger, no hay un fenómeno que caracterice mejor nuestra época contemporánea que el de los desplazamientos forzados, la inmigración y el desarraigo. Ahora mismo hay en el mundo al menos 42 millones de refugiados.

Los españoles no queremos recordar nuestro pasado: un pueblo de emigrantes. Lo primero que le llamó la atención a Ángel González cuando vino a Colliue, en 1959, fueron los trenes llenos de españoles que venían a trabajar en el campo. Los europeos hemos olvidado muy pronto que cuando Machado murió aquí el continente que habitamos era un lugar del que salir huyendo por los cuatros costados. La Unión Europea nació de las cenizas y el horror de aquel pasado. También de la tierra de este cementerio. Y ahora se nos ha olvidado. Tenemos la memoria muy corta y la piel muy dura, como el cuero que se encoge con el frío.

Hay que repetir lo que decía hace dos mil años Plutarco, otro desterrado, desde el otro extremo del Mediterráneo. Que cuando nacemos llegamos siempre a un país extranjero. Todo lo demás viene después: los documentos, los títulos, y también los

prejuicios. El bueno de don Antonio lo diría a su manera. Venimos a este mundo sin nada y nos vamos también así, desnudos, como los hijos de la mar. Por eso los nombres de Machado y Colliure son ya inseparables. Su presencia aquí nos tiene que incomodar como si fuera un aguijón en la conciencia.

Este es el magisterio vivo del poeta. Machado decía, hablando de los poetas del siglo XIX, que al alejarse en el tiempo perdían su tercera dimensión: «Nos aparecen como estampas descoloridas del pasado». Por eso me gusta especialmente el cartel de la jornada de este año, con esos colores alegres y esa luz cálida del Mediterráneo. Machado conserva el color por esta luz, conserva la tercera dimensión por esta tierra.

Nos hace falta Machado. Nos hace falta la gran literatura. Lo pedía hace poco Antonio Scurati. El historiador italiano trazaba una conexión directa entre el desarrollo de la literatura y la extensión de la democracia. La democracia nació con el proceso de alfabetización, con la difusión de la escritura, con el periodismo, con los cafés, con las novelas y los poemas que utilizan el lenguaje popular y nos ponen en el lugar de los otros, nos acercan a los problemas cotidianos de la gente común, nos permiten identificarnos con las vidas ajenas. Ahora todo eso está en peligro. Por primera vez desde hace cinco siglos la base de la pirámide de lectores en vez de ampliarse se está reduciendo. Si el triunfo de las redes sociales y la saturación digital nos llevan al analfabetismo literario perderemos la capacidad de leer en profundidad, de ejercer el pensamiento crítico, de mostrar empatía hacia los demás. Y la pérdida de esa capacidad conducirá al fracaso de la democracia. Esa es la tesis de Scurati.

Es cierto que la cultura no constituye por sí misma un salvavidas de la democracia. Que no se nos olvide que la barbarie del siglo XX sucedió en el corazón de la Europa más civilizada. Que el roble de Goethe estaba dentro del recinto del campo de concentración de Buchenwald, que los oficiales nazis se emocionaban una noche escuchando a Bach y al día siguiente ordenaban el exterminio de un tren entero de judíos. ¿Y si la cultura no nos salva de la barbarie? ¿Y si las humanidades no nos alejan de lo inhumano? Se preguntaba George Steiner. Si el arte no nos hace mejores, entonces estamos perdidos.

Aquí es donde nuestro poeta viene a rescatarnos. Para Machado no había estética sin ética. «Sed buenos y no más», decía. La educación, escribió, «no es una cuestión de cultura —se puede ser muy culto y respetar lo ficticio y lo inmoral— sino de conciencia. La conciencia es anterior al alfabeto y al pan». El poder de las palabras no estaba en el adorno sino en el significado. «El poeta puede hacer hablar a las piedras, pero tiene también que interrogar a los hombres». Y no a unos pocos. Para él no había un arte para las minorías y otro para las masas sino uno solo para todos. «Las más certeras alusiones a lo humano», sostenía, «se hicieron siempre en el lenguaje de todos». Y no solo para los vivos, también para los venideros. Siempre había trabajado «con sincero amor para futuras y más robustas primaveras». Dentro de un mes vendrá otra primavera. Podemos quedarnos con los brazos cruzados y lamentarnos de los tiempos peligrosos que corren, podemos quejarnos de que los jóvenes no leen y no nos escuchan. Pero también podemos salir a su encuentro y contar lo que sabemos. Con conocimiento y con pasión.

Voy a terminar con una anécdota personal que resume lo que quiero contar. Todos los años llevo a mis alumnos al Archivo Histórico Provincial para que pasen por sus manos documentos originales y toquen la historia de verdad. La selección de documentos que les paso, que empieza con pergaminos, termina con un expediente de 1972. El artista Joan

Manuel Serrat solicita permiso gubernativo para celebrar un concierto en la plaza de toros de Logroño. La carpeta incluye las letras del repertorio. Aparecen los poemas de Machado que Serrat había musicado en el disco de homenaje publicado en 1969. Están, entre otros, algunos de los poemas más populares: *A un olmo seco*, *Retrato*, *He andado muchos caminos*, *Del pasado efímero*, *Cantares*. Está también *Mediterráneo*, que no es de Machado pero es una canción muy machadiana. Les paso a los alumnos las hojas —escritas a máquina, amarillas del tiempo—, con las letras de las canciones. En cada folio viene un poema. Les digo que lean los versos a ver si hay algo que podría llamar la atención de un censor franquista en 1972. El censor es el Comisario Jefe de Policía de Logroño. En documento muy excepcional. El Comisario dice que, según sus informes, el artista «es persona que observa buena conducta, pública y privada. Políticamente puede considerársele como indefinido, aun cuando algunos actos de su vida artística hayan podido ser considerados como tendenciosos o de desafección al Régimen, tales como su negativa a representar a España en el Festival de Eurovisión de hace unos años, o haber participado en el encierro, junto con otros intelectuales catalanes, en una iglesia de Barcelona». En otro párrafo el Comisario resta importancia a estos antecedentes. Su renuncia a Eurovisión igual no era por motivos políticos. Lo que pasa es que tiene muchos contratos y no quiere participar en festivales. Y en cuanto al encierro en la iglesia, parece ser que se vio arrastrado por algunos intelectuales que se aprovecharon de su nombre. En su opinión, el concierto podía celebrarse. Además, había que tener en cuenta que existía «una gran expectación entre el elemento joven por oír a este cantante, observándose una corriente de simpatía hacia él, sin que existan grupos en su contra».

Lo bueno de la anécdota viene ahora. Hace diez años vino Serrat a dar un concierto a Logroño. Hablé con la directora del Archivo Histórico. ¿Y si le hacemos llegar al cantante una copia de su expediente gubernativo? Quizá le pueda parecer curioso un informe policial escrito hace más de cuarenta años. El fin de semana del concierto yo no iba a estar en la ciudad. El viernes dejé una copia del expediente en un sobre, con mis datos personales, a un guardia de seguridad, en la puerta del auditorio. Sin demasiadas esperanzas, la verdad. Me marché el fin de semana y me olvidé del tema. El lunes siguiente, a mediodía, después de salir corriendo del instituto, estaba haciendo la comida en casa, pendiente del reloj, de la llegada de mis hijas del colegio. Sonó el teléfono móvil. Un número desconocido de Barcelona. La primera vez no cogí. Sonó por segunda vez. Y descolgué.

—¿Dígame?

—¿Es usted Carlos Gil Andrés?

—Sí, soy yo.

—Soy Joan Manuel Serrat.

Tenía el teléfono en una mano y la sartén en la otra. Increíblemente, estuve a punto de contestarle: «pues yo soy Joaquín Sabina». Pero no lo hice, había algo en la voz que me resultaba familiar. Y así se lo dije.

—Me suena.

—¿Y qué tal suena?— me preguntó Serrat, con ironía.

—Suena muy bien— le respondí, ya con una sonrisa.

Dejé la sartén, apagué el fuego, y empezamos a hablar. Fueron casi veinte minutos de conversación. No hablamos del presente. Serrat quería saber más cosas del Comisario Jefe de Logroño. Me contó que nunca había visto un informe así, tan largo y detallado. Quería saber por qué ese Comisario franquista, viendo sus antecedentes policiales había autorizado el concierto. Yo le dije que, a mi juicio, había tres hipótesis. Una: que el Comisario sabía que en el verano de 1972, en la agonía final de la dictadura, ya no podía prohibirse todo, que sus canciones y las letras de Machado no eran demasiado subversivas. Segunda hipótesis: que el jefe de la policía logroñesa empezaba a pensar en su futuro personal cuando desapareciera la sombra protectora de Franco, en una salvación personal más allá de la dictadura. La tercera: que tal vez se sentó en su despacho, abrió el expediente, se aflojó la corbata, encendió un cigarrillo y comenzó a leer los poemas de Machado. «mi corazón espera, otro milagro de la primavera», «me encontraréis a bordo, ligero de equipaje», «en todas partes he visto / caravanas de tristeza», «ya hay un español que quiere / vivir y a vivir empieza», «de aquella España que pasó y no ha sido», «todo pasa y todo queda», «camino sobre la mar». Y el Comisario, tal vez, allí, a solas en su despacho, se conmovió un poco. Y autorizó el concierto.

Esta tercera hipótesis es la que más me gusta. Han pasado muchos años, Franco murió, el Comisario también habrá fallecido, la plaza de toros del concierto se derrumbó, Serrat se ha retirado de los escenarios. Pero algunos de los versos más delicados y frágiles que cantó aquella noche de verano de 1972 siguen ahí, flotando en el aire, imperecederos: «yo amo los mundos sutiles/ ingrátidos y gentiles/ como pompas de jabón».

Cuando me despedí de Serrat y colgué el teléfono aparecieron mis hijas. En la comida, mientras ellas me contaban sus novedades del día, no pude aguantarme más y las interrumpí. «¿A que no sabéis quién me acaba de llamar por teléfono? ¡Juan Manuel Serrat!». Las niñas me miraron en silencio, con una indiferencia absoluta. Les recordé las letras de Machado, nuestra visita unos años antes a su tumba, aquí en Colliure. Su mirada no mejoró mucho. Ni un gesto de empatía en la cara. Entonces no lo entendían.

Ahora sí lo entienden. Las cosas importantes necesitan tiempo y espacio para que vayan calando. La poesía es agua que corre, decía Machado. Hay que dejar que fluya, que empape, que busque su camino. Mis hijas han lamentado este año pasado el fallecimiento de un cantante español, Robe Iniesta. Conocen bien una de sus canciones, *Buscando una luna* publicada en 1996: «Salgo a pasear por dentro de mí / veo paisajes que de un libro de memoria me aprendí / llanuras bélicas y páramos de asceta / no fue por estos campos el bíblico jardín / son tierras para el águila, un trozo de planeta / por donde cruza errante la sombra de Caín». Seguro que muchos de ustedes reconocen los versos de Machado, el poema *Por tierras de España*.

¿Y si fuera cierto lo que canta el mismo Robe en una canción reciente, *El poder del arte*, publicada en 2023? «Si fuera cierto / que el poder del arte / bien nos pudiera salvar / de una vida inerte / de una vida triste / de una mala muerte». ¿Y si fuera cierto que Machado nos hace mejores? Pues manos a la obra, que ni el pasado ha muerto ni el mañana escrito. Hoy es siempre todavía.